



Khatakali en *El* *tercer mundo después del* *sol (2021)*

De Elaine Vilar Madruga

(Cuba, 1989)

Club de lectura 2025

La vida en español

www.lavidaenespagnol.com

KHATAKALI

Mi madre me quería distinta del resto de los niños nacidos en la Generación Destruída. Era su sueño, uno de los pocos que había sobrevivido al Largo Invierno luego del paso de la peste de Nake. Me lo explicaba en voz baja, como un cuento de hadas, mientras ambas nos agarrábamos los dedos en silencio. La respiración de mis abuelos, desde las esteras cercanas, sonaba como un fuelle.

Su sueño se hizo un agujero negro. Fui una niña como otra cualquiera. Fea. Delgada. Enferma.

El Largo Invierno había dejado huellas en mi cuerpo: una mano atrofiada, semejante a la aleta de un pez. Sin embargo, tuve un nombre hermoso y raro, como mi madre quería: Khatakali, que quiere decir —en el idioma de los antiguos— Historia.

Los ancianos de nuestra comunidad le habían traído a mi madre el libro donde se ocultaban los nombres permitidos por los dioses luego del Largo Invierno. Eran nombres buenos. Apartaban la maldición de la muerte. Pero ella se negó. No los quiero, dijo. Mi hija ya tiene el suyo. Y fue Khatakali, pese a que los ancianos mascullaron palabras de magia rabiosa y algunos, incluso, bordaron en el aire el signo de Nake.

No te gustaba tu mano enferma.

Parezco un renacuajo, decías, y luego te esforzabas en vano por cubrir los pliegues, la carne, el bamboleo. No eras la única. Otros habían nacido peor

que tú. Sin piernas. Sin rostro. Sin ojos. Sin sexo. Niños-árboles. Niños-sapo. Niños-cara-de-tigre. Niños-sirena. Niños-cíclope. Monstruos.

Tu madre te adoraba a pesar de todo. Exactamente igual al resto de las madres de los hijos del Largo Invierno que abrazaban, besaban y querían, hasta lo inverosímil, a aquellos cuerpos deformes.

Los magos intentaron curarte. Curarlos. Disimular con hechizos las hendiduras de la carne, las extremidades duplicadas contra natura, los rostros de cera. Pero la magia no fue suficiente. Quizás porque los dioses habían abandonado a Ardalohum desde mucho antes del Largo Invierno: toda traza de maravilla que quedaba en la tierra comenzaba a desaparecer con el paso de los siglos. Los magos se dieron por vencidos.

Nake era más fuerte.

Fue entonces que recordaron a los medcs, a aquellos hombres que vivían encerrados en los domos —una ciudad dentro de otra—; alquimistas del hierro, el vapor y la sinestesia. Gente que nadie quería ver. Los despreciados. Los escupidos. Aquellos que conocían artes impronunciabiles, quizás —aventuró alguien— incluso más poderosas que la magia decadente.

Los viejos, en un último trago de humillación, fueron los encargados de tocar a las puertas de los domos. Llevaban regalos, ofrendas, sobornos. Lo que fuera necesario para



ayudar a aquellos niños con sangre Nake. Algunos viejos fueron caminando de rodillas: la carne hecha jirones, las varas de poder inclinadas en señal de sumisión, los ojos cubiertos de cenizas.

Las ciudades-domos de los medcs abrieron sus puertas y los viejos penetraron con sus promesas de un mejor día, y con las súplicas.

Al salir, eran quince veces más ancianos.

Y dijeron: Se hará. Las madres gritaron de alegría.

Pero los viejos bajaron las varas de poder con un gesto de impotencia y afirmaron: No hay que celebrar nuestra desgracia.

Pero las madres volvieron a gritar.

Casi todos los niños nacidos luego del Largo Invierno sobrevivieron a la tecnología de los medcs.

Algunas madres se negaron a traicionar a la magia y prefirieron ver cómo sus niños-sapo, sus hijos-mosca, sus bestias informes morían atragantados: el aire se trababa en aquellos pulmones incompatibles con la vida.

Ardalohum lloró la muerte de los niños, pero los ancianos suspiraron aliviados.

Otras madres decidieron que sus hijos vivirían, sí, con el estigma de lo diferente. Un ojo de más. La ausencia de extremidades. Una cola. Rostros de cera derretida. Una mano atrofiada.

Como Khatakali.

Casi todos los hijos del Largo Invierno sobrevivieron a la tecnología de los medcs.

Entraban a las Factorías, encerradas bajo los domos, en grupos de veinte o treinta, reunidos en un montoncito tembloroso. Sus madres recitaban una última plegaria a los dioses que ya habían abandonado Ardalohum. Los ancianos arrojaban trazos débiles de magia. Y esperaban. Conocían el precio.

Volverán, sí. Pero ya no serán los mismos.

Sanos. Pero ya no los mismos. Sanos.

Aquella palabra había sobrevivido al miedo y la reticencia. Los medcs cumplieron su promesa.

Las madres y los viejos tuvieron de vuelta a los niños de la generación del Largo Invierno.

Las Factorías escupían su vapor, su polvo, sus sonidos de rueda engrasada hacia el aire de Ardalohum. Luego se abrían las puertas y los pequeños salían a la luz.

Sanos. Pero ya no los mismos.

Eran solo cáscaras. Una cobertura de piel. Un cuerpo funcional. Ojos vacíos.

Les han robado el alma, dijeron los viejos.

El soplo del alma, gritaron las madres en medio del espanto, sin saber qué hacer con aquellas cáscaras perfectas.

Los viejos alzaron las varas y esbozaron en el aire signos de maldiciones. Algunos, los más osados, arrojaron un trazo de magia antigua, roja como vino,

sobre las torres de las Factorías. Pero la magia, al chocar con el hierro y el vapor, se hizo una sombra entre sombras. Fue diluyéndose.



—Khatakali, fue una buena decisión.
—Lo sé.
—Además, apenas se te nota.
—Lo sé.
—Tu brazo, qué tontería. Eres casi normal.
—Casi.
—No puedo imaginar cuánto sufren las otras madres.
—Ah.
—Un hijo vacío.
—Algunos han aprendido nuevamente. A hablar. A pensar. A actuar.
—No te engañes. Algunos imitan lo que ven. Pero son espectros. Y nada más.
—No sabes, mamá.
—No, no sé. Pero he oído. Y he visto. Nunca me pararé cerca de una Factoría nuevamente, Khatakali. Me da miedo. Miedo a que me chupen el alma con sus hechizos de hierro.
—A veces quisiera... qué sé yo... ser normal.
—No seas loca.
—Normal.
—Serías una cáscara.
—Soy rara.
—Khatakali.
—Hasta tú me miras distinto.
—No seas loca. Soy tu madre, ¿cómo voy a mirarte así?
—Con alivio. Pero también con lástima.
—No quiero hablar más.
—Mamá...

—Olvida eso, Khatakali. Por encima de mi cuerpo muerto. No te dejaré.
Nunca.

Vivíamos en la periferia de Ardalohum. Casi nunca nos acercábamos a las Factorías o a las ciudades-domo. Sin embargo, desde el techo de mi casa, podía verlas. A lo lejos. Sus torres. Su humo. Y, si hacía silencio, mucho silencio, casi se podía escuchar el sonido del hierro, el vapor y la magia inverosímil de los medcs.

Porque eso debía ser: magia. Una de las antiguas y más poderosas.

Durante una década, quizás algunos años menos, continuaron naciendo niños Nake.

La generación destrozada, nos llamaron.

Y luego comenzaron de nuevo a nacer bebés perfectos, como si la huella de Nake hubiera sido una pesadilla entre pesadillas.

Al principio algunos niños llegaron con marcas apenas visibles: seis dedos, tres ojos, dos corazones. Nada más. El Largo Invierno fue quedando atrás y los ancianos dieron gracias a la magia que volvía a regar sus bendiciones sobre los hijos de Ardalohum.

La generación destrozada. Los niños-cáscara.

Los nakes.

Nosotros.

Los años pasaron.

Crecimos. Nosotros. Y ellos, los que —una década, años más o menos— vinieron después del Largo Invierno. Todos.

Entonces fue que supimos cuán distintos éramos. Demasiado



Los cáscaras apenas lo notaban. Estaban más allá de este mundo. Algunos, sí, habían aprendido normas básicas de convivencia. Un lenguaje rudimentario. Señas. Unos pocos caminaban con oscilación de primates. Los nakes comenzamos a ocultar nuestros defectos ante los ojos de aquellos que sí

estaban completos y para quienes éramos el recuerdo de una época que no debió existir... que no existió nunca.

Distintos. Y sucios.

Un norma no podía usar un objeto que hubiera sido utilizado antes por un nake. Ni dormir en la misma habitación. Ni tomar la misma sopa. Ni beber de la misma fuente.

Un nake no podía aspirar a aprender los signos de la magia. Ni siquiera podía besar el piso por donde había caminado, segundos antes, un norma. Ni vestir su ropa usada.

Distintos.

E intocables.

Algunos nakes acudieron a las Factorías.

Otros a la magia más extrema dentro de las distintas cepas. Los hechizos mal urdidos sobre sus cabezas hicieron que en ocasiones se incorporara un nuevo nombre a la lista de los olvidados.

Algunos se cubrían la carne enferma con capas y capas de ropa.

Otros diseñaron holografías apenas creíbles que simulaban la normalidad inexistente.

Unos pocos recordaron a los medcs, a aquella historia del pasado sobre niños convertidos en sombras, madres que maldecían a la estirpe de los hombres del vapor y el hierro, y viejos que —encorvados por el peso avasallador del cansancio— arrojaban hechizos inútiles contra los domos y las Factorías.

Aquella historia sonaba a leyenda. A mentira. Algunos acudieron a las Factorías.

Muchos, incluso, regresaron. Cambiados.

Pero sanos. Pero cambiados. Sanos.

A los veintidós años lo conocí.

Él apenas había cumplido dieciséis y ya sus padres lo habían ordenado dentro de su cepa: estaba destinado a convertirse en mago. A tomar la vara y a beber de la fuente del universo, de donde nacen todas las cosas y hacia donde todas las cosas van... tarde o temprano.

Yo no existía para él.

Era una de las tantas jóvenes nakes que limpiaban los escalones de su casa por unos créditos roñosos que sus padres arrojaban, en forma de holografía monetaria, desde las ventanas. Aquellos créditos significaban un día más de comida para mi madre, para mis abuelos y para mí. Yo, igual que todos los nakes, peleaba por esos créditos... y a veces los conseguía. Como una ladrona, de inmediato los escondía dentro de mi tarjeta ID, incrustada como una piedra en la muñeca de mi mano sana.

Barría los escalones de su casa día tras día.

Al principio, cuando aún no lo había visto, lo hacía por los holocréditos.



Luego lo vi.

Holocréditos y amor. Una mezcla desastrosa. «Había una vez, una nake enamorada de un norma... ». Así comenzaban los buenos chistes de moda. Hasta los intocables nos reíamos de ellos, qué otra cosa hacer.

Me sentía ridícula.

—¿Eres idiota, intocable? —me preguntó la primera vez, sin dirigirme siquiera una mirada de desprecio.

Aquel día se había levantado muy temprano para estudiar sus hechizos. Se sentía con suerte: un futuro mago. La suya era aún magia primitiva: golpes, transmutación, alquimia. Golpes que practicaba arrojándolos contra los nakes que limpiábamos el suelo de su casa.

Él era hermoso.

Tenía una sonrisa todavía demasiado infantil. El pelo largo y rubio, amarrado en una trenza apenas con forma. Los ojos dormidos.

Arrojaba aquellos golpes de poder y era bello y terrible. Como uno de los magos en las historias de mi madre.

Sin querer, la punta de mi trapo de limpiar rozó la punta de su bota claveteada de agujas. Un toque apenas perceptible. Pero él lo sintió.

—Me has ensuciado, intocable.

—Perdón... —intenté hablar, pero la bota se incrustó en mi mano y las palabras se me hicieron sangre y agujas.

—No hables —volvió a decirme—. La voz de un nake al levantarme me da horribles dolores de cabeza.

—Perdón.

La bota se incrustó más. Volví a chillar.

—¿Serás cáscara?

—No.

—Entonces, ¿cómo no entiendes lo que acabo de decir?

—Perdón.

Sangre. Chillido.

—¿Cáscara?

—No.

—Entonces eres un nake idiota si repites el mismo error tantas veces —dijo, y me soltó la mano.

No me atreví a mirarlo a los ojos. Hubiera sido demasiado.

Escuché cómo continuaba practicando sus hechizos contra el resto de los

nakes a su alrededor. Contra mí, no.

Antes de marcharse, sentí el tintinear de una moneda que cayó a mi costado.

—Deja de limpiar... lárgate. Y no llores —me dijo. La bota no se encajó en mi mano de nuevo.

No lloré.

Cuando alcé la mirada, él ya no estaba. Estaba la moneda.

De cobre. Verdadera. No holomoneda. Una de verdad. Y mía. Su regalo.

Pudiste haber vendido aquella moneda.

No lo hiciste. No.

Tu madre te dijo: Eres una tonta, con esta moneda cuántas cosas pueden comprarse: comida, ropa, magia para los dolores de tu abuelo. Y no quieres.

No quisiste, a pesar de la recriminación.



Haz lo que quieras, fueron sus últimas palabras. Pero ya sabes, una nake y un norma... Eso no se admite. Vas a sufrir. Lo sabías.
Pero no vendiste la moneda.

—Eres extraña incluso para ser nake —dijo el joven aprendiz de mago con una sonrisa. Su trenza, apenas un montoncito de pelos enredados, se deshacía poco a poco por medio de uno de sus hechizos.

—Me llamo Khatakali.

—No me importa.

Mi silencio.

—Es un nombre bonito —terminó él—. Pero igual eres nake.

—Mejor nake que cáscara.

—Sí.

Su silencio.

—Me llamo Z ilm-erdh. Su silencio.

—No me gusta que me llamen así. Ni siquiera mis padres. Es un nombre de idiota. Z ilm-erdh. Es casi lo mismo que llamarse mierda.

Mi silencio.

—Puedes decirme señor.

—Sí, mi señor.

—Eres rara incluso para ser nake. Ni siquiera eres demasiado fea. ¿Cuál es tu tara?

—Un brazo. Pero no me gusta hablar de eso.

—¿Uno de más... o de menos?

—Un brazo inútil.

Nuestro silencio.

—Casi no es una tara.

—Eso dice mi madre.

—Al menos no eres cáscara.

—Sí, señor.

—¿Sabes algo de magia?

—No, señor.

—En otros tiempos, la magia hubiera podido curarte. Lo dicen los libros. Ya no. Malo para ti. Antaño, hasta uno de mis hechizos más simples pudo haberte hecho norma.

—Ya no.

—Debe ser difícil limpiar todo el día los escalones de las casas.

—A veces.

—Y más aún ser nake.

—Al menos no soy cáscara.

—Pobres bichos.

—Sí, pobres bichos. Su silencio.

—Z ilm-erdh... a mí me gusta.

—¿Qué sabes tú? Hablas mucho, intocable. Si fueras norma, pasa. Pero mujer y nake...

Mi silencio.

—Qué curioso. Ni siquiera eres demasiado fea. Una Factoría podría repararte. Quiero decir... si no te hace cáscara antes.

—Lo he pensado.

—Señor... Olvidas bastante a menudo lo de señor.

—Lo he pensado, señor.

—Pues no deberías pensarlo tanto. Caramba. Sigues siendo rara. Nake y mujer. Y piensas y hablas demasiado.

—Perdón... señor.



—Me parecía haberte dejado claro que no me gusta esa palabra...

«Perdón», qué asco. Ustedes, los intocables, la dicen demasiadas veces al día. Cada vez que la oigo tengo ganas de patear bocas.

—Señor...

—Sí, curioso. Todo lo curioso que puede ser. Una Factoría podría repararte. ¿Lo has pensado? Ser norma.

—¿Norma?

—Como todos. Tener un brazo útil. No volverías a arrodillarte para limpiar pisos ajenos. ¿No te gusta la idea?

Mi silencio.

—E incluso más... Alguien podría quererte. Al fin y al cabo, no eres tan fea.

Su silencio.

No me tocó.

Un aspirante a Mago no tocaría nunca a alguien como yo. Así eran las cosas. Así debían ser en Ardalohum.

Loca. Loca. Loca. Todos estos años, todos estos intentos de protegerte, ¿para qué? , ¿cómo puedes, Khatakali? , ¿cómo no recuerdas? , ¿quieres ser una cáscara por el resto de tu vida? Un brazo de más. Un brazo de menos. ¿Cuál es la diferencia?

Los gritos de mi madre. Las preguntas de mi madre.

Mis dos abuelos arrodillados en el suelo, mirando sabe la Magia adónde.

Rezándole a quién.

Eres casi normal. Casi. Un brazo de más, un brazo de menos, no es una diferencia tan grande.

Mi madre escupió contra la sombra de las Factorías que se alzaban a lo lejos.

Maldijo a los domos y a los medcs. A Z ilm-erdh.

Y terminó también maldiciéndome en un charco de lágrimas y arrepentimiento.

Le prometí tantas cosas.

Le dije no voy a cambiar, no voy a ser una cáscara, pase lo que pase dentro de esa factoría nunca dejaré de ser yo. Pero mi madre estaba inconsolable.

Aunque tenga que amarrarte contra la cama y mantenerte encerrada por el resto de tu existencia... no te voy a dejar marchar, Khatakali. Tú eres mi vida.

Yo era su vida. Lo sabía y era cruel.

Cómo ese tonto puede valer más que nosotros. Estás loca. Loca, hijita. Loca.

Y me abrazó. Mientras tanto, abuelo volvía a recitar los proverbios de mi cepa, aquellos que hablaban de la contemplación y la aceptación de las pruebas que la magia quiera imponer sobre sus hijos.

Cerré mis oídos. Me negué a escuchar.

Ninguno de ustedes sabe lo duro que es ser nake, les dije, con una violencia que no pretendí controlar. Luego, deshice con un gesto nervioso el signo de bendición que mi abuelo bordaba en el aire. Ninguno de ustedes puede imaginarlo.

Te convertirán en una cáscara. No.

Y seguí repitiendo aquel «no» mientras mamá intentaba



agarrarse con sus manos flacas a mis muslos, y abuelo esbozaba en el aire un signo nuevo que intentaba mantener clausurada la puerta que daba a la calle. Ella se rompió en un sollozo cuando la puerta cedió bajo el impulso de mi mano. Volveré, les dije, y aquella era una promesa. Pretendía serla.

Caminas por las calles desiertas tras el toque de queda.

No te preocupa demasiado. Sabes que nadie se atrevería a tocar a un nake.

Ni siquiera si viola las leyes de Ardalohum.

Nadie te tocará.

Ser un apestado te hace también extrañamente libre.

Las Factorías parecen cada vez más cercanas, tangibles. Ya no lucen como fantasmas encapuchados de otro tiempo. Sus cuerpos de óxido y humo son sólidos, tan próximos a ti que comienzas a tener miedo. Casi quieres retroceder, huir.

Has olvidado la moneda que él te regaló.

La dejaste en casa, junto al llanto de tu madre.

Sientes una punzada de déjà vu de mal presentimiento, que se arrastra bajo tu garganta como un gusano.

Quieres tragar y no puedes.

Caminas por las calles desiertas de Ardalohum. Aún no ha salido el sol.

Faltan varias horas.

Todo saldrá bien. Todo tiene que salir bien. Te dices, te dices, te dices.

La Factoría: cadáver de metal. Desde una de sus altas chimeneas salen humos en esputos grises. El arco del domo se extiende a su costado como un cuerpo dormido. Esconde a la ciudad de los medcs. Un reino donde la magia no existe. Donde no gobiernan los dioses. Donde los hombres vuelan en artefactos de hierro, como esos magos del pasado que levitaban utilizando los axis del poder que poblaban la tierra en zonas muy exactas y que solo los iniciados conocían.

Un mundo completamente distinto.

Khatakali tiembla, demasiado asustada para dar un solo paso o pronunciar una sílaba.

Pero no es necesario.

Las puertas de la Factoría se abren, como si hubieran escuchado un grito mudo.

Una mujer sale a la luz.

«Debe ser un monstruo», pensó Khatakali cuando vio la sombra de la mujer que se aproximaba.

Pero no lo era.

Hermosa. Unos cuarenta años. Cuerpo redondo de criatura que ha dado a luz muchas veces.

Khatakali se siente tranquila. Protegida.

—Quisiera... yo... —comienza a decir, pero de nuevo las palabras se hacen un montón tembloroso dentro de su boca.

La mujer abre los brazos. Como si entendiera. Y Khatakali corre a esconderse dentro de ellos.

El-mundo-dentro-del-domo. Tan distinto. Tan igual.

Una ciudad de cúpulas redondas. De vidrios negros.



El universo donde los medcs existen, lejos de las leyes de la magia.

Al principio, el olor a humo me dio náuseas. Quise escupir, pero aquello parecía descortés.

Todo es tan distinto. Y tan igual. Hombres que vuelan en pájaros de hierro. Nieve de óxido. Vapor. Hologramas. Hologramas. Hologramas.

Ella no me habla, solo me conduce a través de pasillos y puertas y más pasillos y puertas. Una ciudad-laberinto. No pregunto. Me parece poco prudente.

Vamos a las Factorías.

Lo sé. Simplemente lo sé.

El lugar donde reparan a los que son como yo. El sitio donde un nake se convierte en norma.

La mujer me sonríe.

Le devuelvo la sonrisa. Sonreímos.

Estás dentro de una cámara de metal. Metal y vidrio. Algunos medcs se afanan a tu alrededor. Escuchas palabras pronunciadas en una lengua de números. Te parece magia. Sabes que no lo es. Te amarran contra una pared fría. Lazos de hierro. Tiemblos. No es miedo. Una aguja penetra tu cuello. Alguien vuelve a hablar en una lengua de números. Tiemblos. No es miedo. Lazos de hierro. Y sueño. Mucho sueño. Alguien escarba dentro de tu ropa. Saca tu brazo inútil. Palabras en una lengua de números. Alguien, siempre alguien, te sonríe. Tienes dolor de cabeza. Y sueño. Tiemblos. No es miedo. Hace mucho que has dejado de tener miedo. Alguien te pregunta tu nombre. Entiendes perfectamente... por primera vez. Sabes qué es lo que pregunta, qué es lo que quieren de ti. Khatakali, respondes, y por un segundo la respuesta te suena extraña, como pronunciada en una lengua que no entiendes, que no podrás entender. De inmediato te corriges y recitas los números correctamente, como te han pedido. Dices tu nombre. Khatakali. Escuchas la cifra exacta. Sientes un ligero pinchazo en el cerebro, un dolor brevísimo. Alguien te ha tapado los ojos. Tienes mucho sueño y tiemblos. Ni frío, ni miedo. Alguien continúa hablándote, pero ya no puedes atrapar un nuevo número. Ni entenderlo. Te haces sombra. Y duermes.

Tu cerebro se vacía de palabras, poco a poco. Luego, llegan las cifras.

Una tras otra, como agarradas de las manos.

Khatakali despertó. Estaba sobre una c4m4. 3xtr4ñ4.

4 su l4d0 3st4b4 l4 m4dr3. 3l l4 l3 h4bl4bl4.

—¿Me entiendes, nena? N0. N0. N0.

L4 m4dr3 ll0r4.

Khatakali 1nt3nt4 c0ns0l4rl4, p3r0 3s 3n v4n0. L4 m4dr3 n0 3ntl3nd3.

Khatakali t4mp0c0 3ntl3nde. D3j4 d3 h4bl4r. 3l s0nld0 d3 l4s l3tr4s 3s d3m4s14d0 m0l3st0.

Ins0p0rt4bl3.

Incluso la moneda ha dejado de tener sentido.

El mundo entero es distinto.

Tienes dos brazos perfectos, pero ni eso importa ya. Ni siquiera



el recuerdo de Z ilm-erdh.

Lo viste hace un año, mientras la caravana de los nuevos magos pasaba frente a los balcones colgantes de Ardalohum. Él te vio. Claro que te vio. Y tú, incluso, levantaste los dos brazos perfectos para decirle adiós, un gesto que — tu madre te lo había enseñado una vez más— sirve para resultar amigable. Te vio y en su cara se esbozó una mueca de reconocimiento. Sí, y de placer. Y de rabia. Y luego de olvido.

Como todas las cosas, era preferible así. Ya no importa.

En realidad, no importa nada.

Has aprendido a hablar de nuevo con palabras. No demasiado. Cuesta. Te duelen los ojos cada vez que piensas cómo pronunciar, cómo traducir en sílabas aquellos números que rondan tu cabeza.

Tu madre no se da por rendida. Dice que un día volverás a ser como antes, pero no entiendes. No puedes entender. ¿Antes de qué? Ella ha envejecido. Te lleva siempre del brazo, como si aún fueras una niña incapaz de ver las sombras de las calles, las piedras del camino. La dejas. Que sea feliz. A ti no te importa. Pocas cosas te importan ya. Mamá se entretiene en enseñarte nuevas palabras mientras contemplas los números invisibles inscritos en las paredes de las casas, en los rostros de las personas que te miran con piedad, en el mismo rostro de tu madre.

Cifras y cifras. Números.

Bebes de aquellas cifras y números que salen como sudor de la tristeza de la gente, de la escasa magia de los ancianos de tu cepa, del axis de Ardalohum, como una trenza infinita doblada en un nudo.

Tu madre no se da por vencida.

Dice que algún día serás de nuevo como antes y rehúye la oscuridad de los domos, los ojos de las Factorías allá a lo lejos. A ti no te importa.

Pocas cosas importan todavía.

Excepto los números. Las cifras. El bucle eterno que se extiende como cada cosa sobre la sombra de Ardalohum, que se enreda en tu pelo. Los números juegan en las arrugas de tu madre, en tus dos manos idénticas, en tu sonrisa de idiota. Las cifras se expanden y contraen... y luego nuevamente se esparcen como un mapa infinito que abarcara todo bajo su mano.

Tu madre no se da por rendida.

Eso no importa. Pocas cosas importan aún.

—¿Me quieres, Khatakali? —pregunta ella, con una mueca de dolor. Los números saltan en su rostro y tienes que apresurarte para atraparlos.

Tu silencio.

—¿Me quieres? —insiste, aprieta tu mano una y otra vez. No te va a dejar tranquila.

Demoras algo en procesar las cifras que te exige.

—Sí —le respondes al fin y ella sonríe aliviada. Casi tranquila.

Te deja en paz con los números.

Comienzas a tejerlos con la vista, una y otra vez, en una elipsis de hierro.

* * *

La ciencia ficción latinoamericana es friccional, lijosa, nunca una pasiva brecha de imitaciones. La pienso desde un



concepto ritual en donde nuestros personajes recogen las vivencias no solo de una generación global, sino de una generación regional. Ese contexto geográfico que es plural y a la vez uno —gracias a las múltiples coincidencias y avatares que compartimos los pueblos latinoamericanos— nos ha permitido explorar la Historia y su (re)escritura, la violencia, la distopía, lo antropológico como asidero de la cultura.

En la ciencia ficción latinoamericana, la crítica social —menos o más solapada— nos sigue interesando. El ser humano, con sus felicidades y miserias, es —y deduzco será— siempre el centro de nuestras obras. Nuestras criaturas ficcionales aparecen vivas y con los pies en la tierra de la realidad. Aun si la obra habla de otros mundos, otras condiciones humanas u otros paralelismos, las historias aparecen imbricadas con el universo que vivimos, a veces soslayadamente, porque no es necesario declarar, con todas las palabras, las intenciones de un texto. La ciencia ficción latinoamericana es todavía un cuerpo joven, en movimiento,

reivindicación y fricción. Se hace cada vez más atractiva para las audiencias no conformistas del mundo, aquellas que empiezan a buscar lo nuevo y lo lijoso.